

JUSTA ENTRE LAS NACIONES  
IRENA SENDLER

O

EL ANGEL DE VARSOVIA

O

HIJOS DEL HOLOCAUSTRO

## TOMÁS URTUSÁSTEGUI

SEPTIEMBRE 2008

PERSONAJE: IRENA SENDLER (SENDLEROWA): JOLANTA.

ESCENOGRAFÍA:

SILLÓN JUNTO A UNA MESA QUE CONTIENE MUCHOS FRASCOS, TAZAS, REGALOS. ATRÁS DEL SILLÓN UNA VENTANA QUE TIENE EN SU REPISA MUCHAS MACETAS CON PLANTAS. POR TODOS LADOS GIRASOLES. DEBEN EXISTIR DOS FRASCOS GRANDES DE VIDRIO LLENOS DE PIEDRAS DE DIVERSOS COLORES. PIEDRAS DE DIFERENTES COLORES Y TEXTURAS.

VESTUARIO: BLUSA NEGRA Y FALDA NEGRA QUE LLEGA AL PISO. SE TAPA CON UN CHAL BORDADO A MANO DE COLOR BLANCO.

MÚSICA: EN UN MOMENTO SE ESCUCHARÁ LA CANCIÓN: EL GHETTO, CANTADA POR ELVIS PRESLEY. MÚSICA POLACA. MÚSICA JUDÍA. MARCHAS NAZIS. MÚSICA DE WAGNER. MÚSICA ACTUAL CANTADA POR UN CORO INFANTIL.

SONIDOS: DE GUERRA: AMBULANCIAS. BOMBAS, GRITOS, LLANTOS.

SONIDOS DE FIESTA: MÚSICA, RISAS, CANTOS.

PROYECCIONES: SE PROYECTARÁ EN SU MOMENTO FOTOS DE IRENA, UNO O MÁS VIDEOS QUE EXISTEN DE ELLA. FOTOS O VIDEOS DE LOS GUETOS EN VARSOVIA. FOTOS DE NIÑOS PRESOS EN LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN. SE EVITARÁN LAS FOTOS DE CADÁVERES Y DEMÁS. EXISTE MUCHO MATERIAL EN YOUTUBE DEL INTERNET.

TAMBIÉN SE ENCUENTRA EN LOS BUSCADORES COMO GOOGLE O YAHOO.

*IRENA ESTÁ SENTADA EN EL SILLÓN. TIENE UN RAMO DE GIRASOLES EN LA MANO. SONRÍE AMPLIAMENTE. NO TIENE UNA EDAD DEFINIDA. PUEDE SER UNA ANCIANA IGUAL QUE UNA MUJER MADURA O HASTA JOVEN. LOS CAMBIOS DE UNA EDAD A OTRA LO HARÁ DE UNA MANERA NATURAL SIN NECESIDAD DE CAMBIOS DE ROPA O DE LUCES. SENTADA SERÁ LA ANCIANA, DE PIE LA MUJER O LA JOVEN, AUNQUE ÉSTAS EN ALGÚN MOMENTO PUEDAN SENTARSE.*

IRENA: Me gusta el sonido de la g y de la jota. Girasoles, judía, Jalanta, jardín, juramento, junco, girar, juventud, generosidad, justa, Janina. (*Se pone de pie, se dirige al público*). De seguro todos ustedes conocen estas palabras menos dos, Jalanta y Janina. Ni yo sé que quiera decir Jalanta pero fue con esta palabra que mis niños me conocían. Yo era solamente Jalanta para ellos. Nunca supieron mi nombre. Pero ustedes sí lo van a conocer. Soy polska, polaca. Me llamo Irena Sendler. Irena Sendlerowa. Un nombre común y corriente ¿verdad? Y así era yo, una mujer común y corriente que vivía en Polonia trabajando para los demás cuando se inició la segunda guerra mundial. Era, y soy católica. No, nunca fui judía aunque se me hizo el honor de darme esa nacionalidad varios años después. Fue un honor pero no por eso iba yo a cambiar mi religión. Aún ahora de vieja, ya tengo noventa y tantos años, que es una barbaridad de años, repito, ahora de vieja aún puedo rezar mis Padres Nuestros y mis Aves Marías que aprendí en mi casa y en mi escuela de niña. Alguna vez se me olvida alguna frase o la mitad del rezo pero la siguiente vez me viene a la memoria. ¿Quieren que se los diga? (*Si la actriz lo puede decir primero en polaco mejor*) “Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es Contigo y bendita eres entre

todas las mujeres”. Ya ven que sí me acuerdo. Muchas cosas se me han olvidado o las he tratado de borrar de mi memoria. Me gusta mucho eso de “Bendita entre todas las mujeres”. No siempre se nos toma en cuenta a nosotras, las mujeres. Digo, eso me gusta, pero me gusta más lo que sigue: “Y Bendito sea el Fruto de tu Vientre”. Bendito nuestro hijo, nuestros hijos. Benditos los hijos de todas las mujeres ya sean estas blancas, negras, mulatas, amarillas o del color que quieran. Son nuestros niños, es por lo que vivimos, para lo que estamos en el mundo. Bueno, al menos así pienso yo. Sé que muchas mujeres dicen otras cosas, que están para crear arte, para inventar máquinas, para dirigir al mundo. Y pueda que sí, pero yo estoy educada al estilo antiguo. Ya fue bastante el que me pusiera a ejercer una profesión como trabajadora social en lugar de estar en mi casa atendiendo a los hombres. El trabajo también me gusta, sobre todo ése y otro que hice como enfermera. En los dos ayudaba a los demás.

La otra palabra es Janina, ella es mi hija y con eso está dicho todo. Qué madre no va a hablar bien de sus hijos. Yo la adoro.

La verdad que no sé para que quieren ustedes saber mi vida, de cuando era niña o joven. De esto ya hace tanto tiempo, tanto que cuando uno lo recuerda olvida lo malo y deja uno siempre lo bueno. Eso es mejor. Para qué recordar pobreza o dolores. No, mejor recordar los paseos con la familia al campo de donde regresábamos empapados por la lluvia, o los bailes de la aldea en que tomaba parte toda la población, o los maestros que nos enseñaron los números, las letras y la música. También vale recordar los paseos a la orilla del Vístula o a los bosques de pinos. A las niñas no se nos enseñaban los deportes. Eso era para ellos. Sí se nos enseñó a bordar, a tejer, a cocinar, a lavar, a planchar. Yo fui muy mala para todo esto. No me gustaba. Lo hacía porque era necesario. Ya de grande no fui capaz de zurcir ni un calcetín y la comida me salía horrible, si no estaba salada estaba quemada o picaba mucho. Yo me la comía y decía que estaba sabrosa.

Nunca fui mentirosa, pero sí algunas veces decía mentiras, como eso de que mi carne preparada con verduras sabía rico. ¡Fuchi! Sabía horrible. Lo que me entusiasmaba y me sigue entusiasmando es la música. (*Se escucha música polaca como puede ser una polca o un vals, ella la baila lentamente un largo momento, después sigue diciendo su parlamento sin dejar de bailar*) De joven fui muy bailarina, de vieja también. Sólo ahora que ya no me puedo mover por lo de mis piernas... Bueno, de esto les platicaré después. No estoy inválida por reumatismos o algo así. Ojalá y fuera por eso. Estoy por...No, eso viene después, no coman ansias. Si empiezo a saltarme la historia ya no me voy a acordar de nada o voy a dejar de decir cosas importantes, y no quiero que eso pase. (*Ríe*) Dije cosas importantes como si lo fueran. Es tan raro el ser humano que haga algo importante, los demás estudiamos, trabajamos, cumplimos con nuestro deber y con los preceptos que nos enseñaron nuestros padres, nuestros maestros y los curas que nos educaron. Importante es por ejemplo mi paisana Marya, Marya Salomea Skodowska, ¿la conocen? No digan que no, es muy, pero muy famosa. Ganó dos veces el premio Nóbel. Es verdad que se le conoce con su nombre de casada, Madame Curie. A mí me iban a dar el mismo premio, pero no de química sino de la paz, pero se lo dieron a un norteamericano, a Al Gore. El Al es de Alberto por si no lo saben. El sí es importante, él si maneja armas, dinero, poder. Y qué bueno que una gente así gane el premio de la paz. Aunque no veo la paz por ningún lado. Cuando me ponen un rato la televisión veo muertos en Irak, en Palestina, en Indochina, en Colombia, en la antigua Checoslovaquia, en Israel, en...Bueno, en todos lados. Parece que el hombre nació para matar y no para vivir. (*Se hace una gran pausa. Irena no recuerda de lo que hablaba*) No vean como me molesta no recordar de lo que estoy hablando. Y eso me sucede cada vez más seguido. Se me olvidan los nombres, las caras, las fechas. Lo que pasa es que cuando estaba con ustedes platicando

de...de...Ah, ya... De las guerras. Sí, de eso. Bueno, hablaba de Irak y fue cuando me acordé que no he tomado mis pastillas. Me dan tantas: que para la presión, que vitaminas, que para los dolores de piernas, que para el estreñimiento. ¿Por qué será que todos los viejos nos estreñimos? Yo creo que porque nos movemos muy poco o nada. Pero no vinieron acá para que les hable de mis intestinos. ¿Verdad que no? Sólo les digo que eso es una gran lata. Pero ya dejó el tema de lado.

¿Novios? Sí tuve varios, ninguno especial para hablar de él. Salíamos, bailábamos, nos decíamos cosas, alguno me acarició y varios me besaron. Fue todo. Me casé y tuve a Janina, ya les dije que es mi hija. No hay mucho que hablar de un matrimonio... o al contrario, se tienen muchas cosas que decir pero son las común y corrientes: que si nos peleamos, que si me trajo un osito de peluche en mi cumpleaños, que ya se le cayó un diente, luego otro y otro, que baila muy mal, que quiere que esté yo más tiempo en la casa, que qué tanto hago en la calle, que no le gusta que yo me ponga cremas en la cara de noche, que me echa la culpa de los berrinches de mi hija, que...Revisen su propio matrimonio y verán que el mío es igual, con altas y bajas, con amores y desamores, con celos y confianza, con gastos y sin ellos, con sustos y alegrías, con lágrimas y risas.

Mi trabajo sí no es el común y corriente de todos. Ese sí que es diferente y más diferente en la época en que me tocó vivir. Voy a hablar de él pero antes les voy a decir el nombre del pueblo en que nací y el nombre de mi padre. (*Se escucha como fondo la Polonesa de Chopin durante todo el parlamento siguiente*) Nací en Otwock, cerca de Varsovia, soy polonesa como las piezas de piano de Chopin que me encantan. Mi padre se llama, más bien se llamaba pues ya se murió hace mucho, mucho tiempo, imagínense, se murió cuando tenía yo siete años. Vuelvo al nombre, es de esos que dicen los extranjeros que son tan difíciles, Stanislaw Krzyzanowski. Difíciles los de América como los volcanes de México:

Popocatépetl e Iztaccíhuatl. Qué horror. Cómo pueden pronunciar eso. A ver, traten de decirlos ustedes y verán que no se puede o es muy difícil. Yo los tengo apuntados para enseñarlos como trabalenguas. Stanislaw Krzyzanowski es fácil ¿o no? Era un hombre bueno que luchó por nuestra gente.

Vuelvo a mi labor. Yo era trabajadora social y después enfermera en el Departamento de Bienestar Social de Varsovia. Bonito trabajo ya que cumplía una de las leyes de mi iglesia: dar de comer al hambriento. Y eso hacía yo, servir comida a emigrantes, a gente pobre, a gente enferma. Pobrecitos, alguno no podía ni agarrar la cuchara para tomar la sopa de papa que les hacían. Yo no, que conste, ya les dije que soy mala cocinera. Entonces les tenía que dar en la boca como se les da a los niños pequeñitos. Muchos eran hombres jóvenes que estaban ahí por enfermedades, pero lo joven no se les quitaba y bien que me decían de cosas cuando me acercaba a darles la comida. Yo era bonita, por qué no decirlo ahora que ya pasaron tantos años. A todos les encantaba mi sonrisa. Sonrís y es como si la tierra se iluminara de repente, me decían. Aún ahora de vieja me dicen que tengo una bella sonrisa. (*Proyectar fotos de Irena de joven y ya de vieja, en especial en las que sonrío*) Y sí me gusta sonreír. Reír ya no. Dejé de reír hace muchos años, cuando la guerra, la maldita guerra. Cómo reír viendo a tanto muerto, tanta hambre, tanta crueldad, tanta destrucción. Llorar sí se puede aunque las lágrimas acaban por secarse y no así el horror, ese sigue. Pero ya me estoy adelantando. Qué difícil es tener un orden. Sobre todo si existe algo central como es la guerra. Lo anterior a ella pierde importancia, todo lo posterior está relacionado con la lucha. Se olvida el campo, la iglesia, la familia, los estudios, las flores, los novios, la bruma, el arroyo, las canciones de Navidad, las luciérnagas, la nieve. Se olvida uno mismo de quién es, de para qué está en este mundo. La guerra ocupa todo. Durante ella se vive al instante, no hay pasado y menos futuro. ¿Alguno de ustedes



ha vivido una? Estás tratando de limpiar tu piso y un minuto después puedes ser cadáver. Por unos pasos que diste sin pensar te salvaste de morir por una bala o una bomba. Pero también tienes que vivir y eso indica que te tienes que alimentar, que vestir. Y no sólo eso. También tienes que vivir para ti y para los demás: tienes que amar, tienes que platicar, tienes que darte algún gusto como chupar un caramelo, tienes que ver el sol. Y sí, en medio de los bombardeos nosotros nos juntábamos a platicar de los novios, a cantar la canción de moda, a mostrar las medias que conseguimos o a repartir el chocolate que nos regalaron. Algunas veces lo hacíamos para leer una novela o un libro de poesía. Esto a mí me gustaba más. La novela casi nunca la terminábamos. Lo que no perdonábamos era ir a la iglesia, sobre todo a misa los domingos. Ahí estábamos todos cantando y rezando. Cuántas veces ni el canto ni el rezo se escuchaban por el ruido de las bombas o de las ambulancias. Pero ni así nos íbamos. Una pequeña iglesia lejana de mi casa fue alcanzada por una bomba, murieron todos los que ahí estaban. Ese era el riesgo. Pero todo era riesgo: conseguir pan, visitar a un pariente enfermo, caminar por la calle o estar sentado en tu cama. En todos lados podías morir o peor aún quedar herido sin un brazo o una pierna o mucho peor ver morir a tu familia sin que a ti te suceda nada.

*Irena llora mientras se escucha sonido de guerra: bombas, ambulancias, gritos, etc. Se cubre la cabeza como para protegerse.*

Antes de la guerra todos vivíamos en paz, católicos, judíos, alemanes, rusos. Polonia por estar tan cerca de Rusia y Alemania tenía muchos tratos con ellos. Casi todos hablábamos alguno de los dos idiomas o los dos. Disfrutábamos enormemente de la música alemana, en especial de Beethoven y de Bach y nos emocionaban las novelas rusas como las de Dostoievski o de Tolstoi. Yo hablaba alemán, ruso no, bueno, sí, algunas

palabras pero no muchas. Los judíos tenían las tiendas, los católicos éramos los que cultivaban el campo y cuidaban los animales, los alemanes casi todos eran maestros, músicos o científicos. Los rusos eran de todo, desde sirvientes hasta comerciantes que ganaban mucho. Otra cosa que me gustaba de los alemanes y también de los austriacos, y me siguen gustando, son los pasteles. Son para chuparse los dedos. Confieso que soy muy dulcera. Como de todo pero esos pasteles...Sólo de recordarlos ya se me está haciendo agua la boca. Hay uno en especial, la Sacher torte, de chocolate. Podía comerme todo el pastel yo solita aunque me muriera ese mismo día. Ahora no me dan nada de eso, que porque el colesterol, que los triglicéridos. Yo les digo que ya me voy a morir, que qué importa si tengo alto el colesterol. Pero ellos que no, que sólo verduras. (*Hablando en voz baja, en secreto*) Dejen que les diga algo: tengo mis amigos que me traen a escondidas mis dulces. Yo los pongo bajo la falda y ni modo que ahí los estén buscando. ¿Quieren uno? (*Sonríe maliciosamente*) No, no los pongo donde se están imaginando, están limpios. A mi casa acudían amigos de todas partes, los Smolasky, judíos, venían a platicar y a leer con nosotros poesía, Otto Smith, alemán, era muy amigo de mi marido, Varieyeb, ruso, venía a tomar vodka que nunca faltaba en la casa. Muchas veces todos estábamos juntos, cantábamos, reíamos y nos prestábamos cosas: que las tijeras de cortar plantas, que la plancha porque al otro se le descompuso, que tal libro, que si un poco de harina que se nos acaba de terminar, que tu violín pues mi sobrino quiere ver si puede tocarlo. Y las cosas iban y venían sin perderse jamás una de ellas. Nadie decía soy alemán, soy judío, soy ruso. Lo que éramos todos es amigos, simplemente amigos. Lo demás eran adornos de cada quien que todos festejábamos.

Claro que nos acordábamos de la primer guerra pero ya habían pasado varios años de ella y todos jurábamos que nunca se iba a repetir algo tan terrible. Era la guerra para acabar con todas las guerras, se decía

por todos lados. Y nosotros lo creíamos. Ahora se vive en paz, una paz que nada podrá romper, decíamos todos. Tampoco olvidamos la revolución bolchevique. Yo terminé por ser comunista, no activa, pero sí ideológica. Cómo no iba a ser de ellos si proclamaban bienes comunes, medicina común, alimentos comunes, dicha común. Por eso eran comunistas porque todo era común y eso es lo que yo quise y sigo queriendo ahora. Si todos tuviéramos casa, comida, educación, medicina y cultura... Desgraciadamente aprendí que todo eso son sueños.

Qué barbaridad, ya llevo no sé cuántos minutos hable y hable y no he tocado el tema por el que ustedes están aquí, por el que viene tanta gente del mundo a visitarme. Bueno, eso no siempre fue así, es reciente. Por supuesto hablo de mis niños. Dicen que fueron dos mil quinientos. Nunca los conté. Eso sí, fueron muchos. Todos judíos. Los otros no tenían la amenaza de separarlos de los padres, de llevarlos en trenes a campos y por último morir de diversas maneras. No, los niños católicos o protestantes y hasta los de origen árabe o hindú podían salir sin que se les impidiera. Los niños judíos tenían que vivir en el Gueto, el gueto de Varsovia. Todos ustedes de seguro han oído de él. Fue muy famoso, se habló mucho de él, hasta Elvis Presley cantó una canción así llamada: El Ghetto. Me gusta. Todavía puedo oírla. *(Se sienta a escucharla. Se oye completa. Está para el que la busque en Youtube. Inclusive se puede pasar el video donde la canta)* ¿Saben ustedes qué es un gueto? Les explico. La mayoría de los judíos vivían en una zona de la ciudad de Varsovia, en una colonia. Los alemanes al invadir Polonia deciden que los judíos deben ser tratados de forma diferente que los demás ciudadanos. Ordenan cerrar las calles en varios puntos impidiendo que los habitantes entren o salgan de ahí si no es con permiso. Tampoco permiten que entren o salgan mercancías, alimentos y demás cosas. Las personas que viven en ese lugar pueden ser detenidas en cualquier momento, sus casas revisadas y sus pertenencias quitadas. Los

judíos deben llevar en el brazo un brazalete con la Estrella de David que se hacía de papel o de tela. Muchos se dedicaron a venderlas. Eso es en resumen un gueto. Lo dije en pocas palabras ¿no es así? Pocas palabras y mucho sufrimiento, muchos miedos, mucha desesperación. Sufrimiento moral y físico pues a los judíos los agredían golpeándolos, aventándolos al piso, sacudiéndolos. Moral al no saber qué hacer, a qué atenerse, a desconfiar de todos, a empezar a odiar y desear hasta la muerte de los enemigos. Mayor desesperación el ver que a los amigos y a los parientes se los llevaban sin saber a donde pero con la seguridad de que jamás volverían a verlos. “Señor, por qué, qué hemos hecho, en qué hemos pecado para que nos pase todo esto, para que nos quiten todo, para que nos maten y maten a nuestros padres, a nuestros hermanos, a nuestros hijos. Dínoslo. Si somos culpables lo aceptaremos, pero no lo somos.” Esto se preguntaban en las sinagogas o simplemente junto a su cama al rezar por la noche. Y nadie les respondía porque nadie tenía la respuesta.

Al principio de la formación del gueto se les dijo que era una medida de guerra para evitar enemigos que pudieran esconderse en la zona y con esto protegerlos a ellos, en pocos días se pasó a la revisión de gente por gente, de casa por casa. El siguiente paso fue la detención de algunos y la confiscación de bienes. Siguieron los golpes y los insultos. Al final el llevarse a mujeres, hombres, ancianos y niños. Como una maldición que cayera de no sé donde empezó a oírse la palabra Treblinka. ¿Dónde se los llevaron? A Treblinka. ¿Dónde están? En Treblinka. Pero qué es Treblinka. Un campo de concentración donde los nazis juntan a todos los prisioneros hechos en los guetos, no sólo el de Varsovia, sino en muchos otros. Los juntan y los condenan, unos a trabajos forzados donde morirán de hambre, de dolor, de falta de fuerzas y otros a la muerte, donde irán la mayoría. Muerte en hornos crematorios, muerte fusilados, muerte a golpes. Pero muerte al fin y al cabo. Muerte de miles y miles, sin compasión alguna, sin

posibilidad de lucha para evitarla. Bastaba que un militar dijera “a ese, a ese y a ese también” para que sin ningún juicio se les matara al momento o un poco después. Nadie se salvaba. No se salvaban recién nacidos o mujeres embarazadas, no se salvaban los jóvenes que empezaban a vivir, no se salvaban los sabios, los músicos, los artistas, los médicos, los maestros. No se salvaba nadie. Y estoy diciendo una mentira ya que muchos sí se salvaron, yo pude salvar a más de uno, repito que dicen que fueron 2500. Salvar a uno ya es un premio que nos da la vida, salvar a varios es un don del cielo. Yo salvé niños, nunca pude salvar a un adulto. Pero habían otras personas como yo que lo hacían, personas que no éramos judíos. Ahora nos dan el título de Justas. Bonito nombre. Justas son las que logran que se haga justicia y que mayor justicia que tener el derecho a la vida.

No, no fue fácil. ¿Cómo sacar a un niño judío sin que se dieran cuenta los soldados que cuidaban las entradas y salidas? ¿Cómo salvar a un niño desprendiéndolo de sus padres y su familia que lo más seguro nunca lo volverían a ver? ¿Qué hacer con un niño que logramos sacar del gueto? Esas y muchas otras preguntas nos teníamos que hacer. Sacar un niño no es sacar un bulto. El niño llora, el niño pide, el niño se defiende. A él lo estábamos separando de sus padres. Mayor separación no existe en el mundo. Nos pueden separar de nuestra tierra de nacimiento, de nuestro trabajo, de nuestros amigos pero siendo niños separarnos de los que nos dieron la vida es prácticamente un crimen. Un crimen para evitar un crimen mayor. Cientos de veces estuve por no llevarme a un niño al ver su desesperación, su llanto, sus gritos al ser separado de sus padres mientras estos lloraban, mientras se abrazaban para darse fuerzas. Ese era el peor momento, todo lo demás siendo difícil se hacía fácil.

*La actriz ahora se transformará en una madre al colocarse de un lado y en Irena al colocarse del lado contrario. Como madre pasa un momento de dolor intenso, inenarrable. Puede ser algo más sencillo como colocarse y quitarse el chal o simplemente con cambios de iluminación. El trabajo de la actriz será la que consiga estos cambios.*

MADRE: Su nombre es Isaac.

IRENA: Lo tengo anotado. Ahora se llamará Sebastián.

MADRE: ¿Puedo saber dónde lo lleva?

IRENA: A la libertad.

MADRE: Isaac es un niño débil, necesita muchos cuidados, que lo acaricien, que lo besen. Es mi único hijo. Tiene apenas seis años.

IRENA: Buscaré a personas de las que nos ayudan para que lo cuiden como usted quiere, como usted lo haría.

MADRE: Nadie puede suplir a una madre, nadie.

IRENA: En eso tiene usted la razón. Nadie lo puede hacer.

MADRE: Dígale a esa persona que Isaac come despacio, que le tenga paciencia, que cuando se ensucie lo cambien pues se roza fácilmente, que no lo dejen llorar mucho pues se pone morado, que...

IRENA: Pierda cuidado, todo eso se hará. Desgraciadamente nos tenemos que ir. ¿Trajo la ropa que le encargamos?

MADRE: Está en esta caja de cartón. Es la única que teníamos.

IRENA: Con esa basta para empezar, después ya se le encontrará otra.

MADRE: *(Llorando)* También va su osito y un carrito de madera. En un sobre coloqué su medalla con la Estrella de David. ¿Se la darán?

IRENA: No deben llevar nada que lo identifique como judío, ahora será católico para poder salvarlo.

MADRE: Era mía y de mi abuela.

IRENA: Guárdela y es posible que con el tiempo se la pueda dar personalmente.

MADRE: ¿Puedo besarlo por última vez?

IRENA: Por favor.

MADRE: Isaac, mi cielo, me separo de ti para que vivas, para que seas un hombre de bien. No me guardes rencor por abandonarte. A nadie he amado tanto como a ti. Mírame y deja de llorar. Quiero ver una sonrisa en tu cara. Isaac, mi Isaac. (*No puede contenerse, se desgarrar de dolor. Este momento se debe prolongar. Será fundamental en la puesta pues es el dolor de todas las madres al perder a sus hijos*)

*Irena vuelve a tomar su papel.*

IRENA: ¿Qué decirles en ese momento a las madres? Sólo la verdad. Si permanecen en el gueto es muy posible que los maten, esta es la única posibilidad que tienen para vivir. Las abrazaba, las besaba, tomaba al niño y en medio de los llantos de todos, incluyendo el mío, me iba. Me iba sin voltear atrás pues si lo hacía tendría que regresar a la criatura a los brazos de la madre que extendidos lo solicitaban.

Algunas familias, afortunadamente no muchas, se negaron a entregarme a sus hijos para que los sacara del gueto. Siempre regresábamos para convencerlos que era lo mejor. Muchos de ellos, con todo y niños, ya habían sido llevados a campos de exterminio. Eso también duele mucho, mucho.

*Irena suspira profundamente. Se limpia los ojos. Toma una flor, la mira un largo momento, la acaricia, la huele. La vuelve a dejar en el florero.*

Flores que no ceso de recibir de mis antiguos niños o de sus familias. A mí me gustaría ser la que les diera las flores por el sufrimiento que pasaron junto a mí. No lo puedo hacer pues, repito, ya estoy vieja y no tengo la forma de hacerlo. Eso sí, a todos esos niños los llené de besos para que dejaran de llorar.

En este mundo acaba uno por enterarse de todo, ojalá y no hubiera sido así. Es mejor no saber. Cientos de estas madres que me entregaron a sus hijos fueron después llevadas a los campos de concentración, muchas fueron violadas y todas asesinadas. Todas sin saber si sus hijos vivían o también habían sido muertos.

Las periodistas que me visitan me dicen que debo ser una persona sumamente feliz por haber podido salvar a tanto niño. ¿Pero cómo puede ser feliz alguien que vivió en medio del dolor? Satisfacción por lo hecho, sí, pero felicidad...Eso no. Cambiaría cualquier cosa mía, mi vida entre eso, por poder consolar a esas madres, a esos niños.

Ahora veo que estoy cometiendo una injusticia. Hablo de las madres y no de los padres, de los abuelos. Creo que porque soy mujer. Pero ellos sufrieron igual que ellas, quizás hasta más por sentirse responsables de la seguridad de los hijos y no poder hacer nada para eso. También a ellos los vi llorar. Muchos se golpeaban a sí mismos o iban a golpear las paredes hasta que sangraran sus manos. Uno de ellos en su desesperación me arrebató al niño y salió corriendo para llevarlo a su casa. Regresó con él minutos después y me lo entregó. Sin decir nada se retiró del lugar.

*Se hace otra pausa larga en que Irena se levanta, enciende una vela, la contempla un momento. Se vuelve a sentar. Se escucha mientras tanto música judía.*



Otra de las preguntas que siempre me hacen es cómo lograba yo sacar a esos niños si habían tantas trabas, tantos peligros. No fue fácil, unos salieron en cajas de frutas, otros dentro de ataúdes, en costales de papas. La mayoría salió en ambulancias. Esa fue otra de mis mentiras, mentira que me gustó y de la que estoy orgullosa. ¿No me creen que pueda estar orgullosa de decir mentiras? Pues lo estoy. (*Sonríe ampliamente*) Al tratar en mi trabajo con muchos alemanes me di cuenta que a lo que más temían era a contagiarse de alguna enfermedad. Europa perdió más de la mitad de sus habitantes en plagas de peste, de fiebre amarilla y otras calamidades. Con la guerra era fácil que volvieran. Fue cuando se me ocurrió decir la mentira: los enfermos que trasladamos tienen tifo y ése es muy contagioso.

Nadie abría las puertas, nadie revisaba. Es más, ni siquiera se acercaban al carro. Bendita plaga que nos salvó la vida a tantos en lugar de quitárnosla. Ya fuera del gueto llevaba a los niños a casas, a establecimientos, a iglesias, a hospitales. En todos ellos había alguien que los iba a cuidar, a proteger. Sobre todo un grupo llamado Zegota, un grupo que tenía un Consejo de Ayuda a los judíos. Ellos fueron los que me salvaron también a mí de la muerte. Pero eso se los voy a platicar después. Estoy con lo de los niños que sacaba. Uno a uno los iba entregando, todos tenían ya un nombre católico y documentos que demostraban que eran ellos. Claro que todo esto era conseguido por los de la Zegota. Yo en un papelito que luego escondía escribía de un lado su nombre verdadero y en la parte de atrás el nuevo y el lugar donde se quedaban. Todos esos papeles los metía en estos frascos. (*Se levanta y toma con dificultad uno de los dos frascos que tienen piedras de colores*) En cada uno de ellos metí más de mil de esos papeles. Eran un tesoro. Por supuesto que me dio miedo que me los fueran a encontrar y así perder todo lo que habíamos hecho pues estaban los nombre y los lugares. Era más fácil quemarlos y que no quedara

ninguna huella. Eso era lo seguro. ¿Pero después? Si acababa algún día la guerra cómo se iban a encontrar a todos estos niños. Yo tenía el único dato para localizarlos. Días enteros estuve pensando que hacer, si destruirlos o buscar un escondite. Lo segundo era muy difícil. Cuando los nazis llegaban a inspeccionar una casa no dejaban un rincón sin revisar: abrían los colchones con cuchillos, vaciaban cajones, rompían francos, levantaban las duelas de los pisos. Y no es que buscaran papeles, no, ellos buscaban joyas, monedas o cosas de valor que sabían que los dueños esconderían. Y sí encontraron mucho de esto. Mis frascos son grandes como ustedes pueden ver. ¿Qué hacer, Dios mío? Esta vez Dios sí me contestó o al menos eso sentí yo. La casa vecina a la mía estaba ocupada por un alemán que cooperaba mucho con los nazis. Todo el día estaba con ellos. Su jardín interior era hermoso. Los alemanes aman las flores. Y este alemán las adoraba. Habían rosas por supuesto, pero también tulipanes, jacintos, azucenas y muchas otras flores. Yo desde mi ventana las veía todos los días con placer. Una tarde brinqué la tapia con mis dos frascos. No necesité llevar pala pues sabía que mi vecino tenía no una sino varias. Hice un gran hoyo bajo las ramas del manzano que en esos días estaba cuajado de flores. Ahí los enterré y ahí permanecieron muchos años.

Ahora los frascos tienen pequeñas piedras que me han traído los que se salvaron, piedras traídas de África, de América, de muchos países de Europa, de Asia. Mírenlas, ¿no son bellas? Una piedra por cada papel. Ya pedí que cuando me muera, que ya no falta casi nada para eso, las pongan junto a mi ataúd o dentro de él, si es que caben. Es lo único que me quiero llevar de esta vida. Eso sí, pesan mucho, yo casi ya no puedo cargarlas, la voy a dejar en la mesa pues no quiero que se caiga, se rompa el frasco y las piedras corran por todo mi piso. No podría levantarlas por lo de mis piernas.

Muchos años después se pudo localizar a muchos de estos niños, que ya no lo eran. Unos, para seguir su sangre judía, se volvieron o músicos o comerciantes, Muchos otros médicos, ingenieros, alguno obrero o campesino. Myriam es ahora una famosa pianista, sigue usando su nombre católico. Entre tantos hay de todo. Pero todos hombres y mujeres útiles a la sociedad. Eso sí.

Alguno difundió lo que hice, cosa que me molestó al principio y que después acepté por el amor que me han prodigado todos ellos. Adolfo Berman, primer Presidente del Comité de Judíos sobrevivientes me quiso hacer un homenaje, más bien me lo hizo. El presidente de Polonia pidió para mí el premio Nóbel que ya les dije no me dieron para dárselo a un vicepresidente americano.

Y esa es mi vida. Mi larga vida. Al tener tantos años como los que tengo yo he visto nacer y morir a muchos, vi el inicio de la electricidad, del teléfono, de los aviones, de la radio y la televisión, también del cine. Ahora han inventado muchas otras cosas de las que no quiero enterarme. Con lo que tengo basta. Lo mejor es mi aparato para oír música y la televisión que me sirve para poder dormir. Siempre es tan aburrida...

¿Por qué mueven negativamente la cabeza? ¿No me creen todo lo que les he dicho? Esas no son mentiras como lo de la comida sabrosa o lo del tifo. Son verdades. Se los juro. ¿Qué falta algo? Creo que no. Ni modo que les platique de todos mis amigos, de todo lo que he leído o escuchado, de mis pequeños viajes, de las salidas del sol que no me pierdo nunca, del ratón que vivió junto a mí cerca de un año y al que le daba los restos de mi comida, de... Así nunca acabaríamos. Les platiqué lo que siempre me preguntan, lo que a ustedes sí les interesa.

¿Qué dice? ¿Qué no he platicado lo de mis piernas y pies? (*Ríe discretamente*) De joven decían que tenía yo unas bellas piernas

aunque siempre las tenía cubiertas por esas faldas que dan hasta el suelo. ¿Qué no es eso? Está bien, lo platicaré aunque les digo que no me gusta hacerlo. Lo he tratado de borrar de mi mente mil veces, un millón de veces pero no puedo. Y eso que corrí con suerte. Miles sufrieron más que yo.

*Irena se transforma. Ahora es un verdugo nazi. Grita mientras golpea con furia. De fondo se escucha música vigorosa de Wagner.*

SOLDADO: ¿Al fin vas a hablar? ¿Quiénes eran esos niños, dónde están, quién te ayudó? ¡Habla! (*Tira golpes*) ¿Sabes que por proteger a los judíos te pueden matar? Sabemos que no fueron dos ni diez los que sacaste de aquí, que fueron muchos más. Dinos dónde se encuentran, con quién viven, que nombre tienen? ¡Te digo que hables hija del demonio! Si no hablas morirás tú y tu hija. (*Tira golpes, cada vez serán más violentos. Puede usar inclusive un fuste o alguna vara pesada para golpear*) De seguro tú también eres judía. ¿Lo eres? ¡Contesta! (*Sigue golpeando despiadadamente*) Di al menos un nombre, cualquiera. ¡Estoy esperando hija de puta! ¡Habla! (*Golpea*) ¡Habla! (*Golpea con más fuerza*) ¡Habla! (*Se supone que la tira al piso. La pateo. En el colmo de su furia le grita a un soldado*) ¡Soldado, que se la lleven y la fusilen al momento!

*Se sigue escuchando música de Wagner. Irena con mucha dificultad camina hasta su sillón y se sienta en él. Gime de dolor. Se toca las piernas y los pies. Lloro.*

Me fracturaron las piernas y los pies. Arrastrando me llevaron afuera para que me fusilaran. Un soldado, el que me conducía y que al principio también me golpeaba frente a su jefe, me pidió que corriera, que así me podía salvar, que él iba a decir que morí. ¿Pero cómo

correr con las piernas rotas? Usted váyase, me pidió casi con lágrimas en los ojos. Antes de irse me dio las gracias por los niños que salvé. Supe después que pertenecía a los Zegota. Arrastrando me alejé lo más que pude, del dolor creí desmayarme. Unos hombres que aparecieron entre las hierbas del campo me cargaron y echaron a correr. Me desmayé. Supe mucho tiempo después que me había salvado, que todos ellos eran también de la Zegota.

Ahora sí ya no tengo nada de qué hablar. Además estoy ya muy cansada, quiero dormir un poco. ¿No les importa si les digo adiós? Vuelvan cuando quieran. ¿Qué? ¿Una última pregunta? Repito que estoy cansada, que tengo que tomar mis medicinas y me tienen que llevar al baño. Está bien. Pero que sea la última. ¿Qué dice? No la entiendo. ¡Ah! ¿Qué si volvería a hacer lo que hice? (*Sonríe ampliamente*) Aún tullida como estoy lo volvería a hacer, claro que lo volvería a hacer. Una sola sonrisa de esos niños que salvé vale cualquier sacrificio, cualquier dolor. Sí, señorita, lo volvería a hacer no una sino cien veces. ¿Es todo? Gracias por su visita. Voy a dormir un poco antes de que venga la enfermera a inyectarme y llevarme al baño. Son tremendas estas mujeres, se les tiene que obedecer en todo. Adiós.

*(Lentamente se va durmiendo. Se escucha música polaca infantil)*

FIN

*Al terminar la representación la actriz no debe dar las gracias sino salir a cambiarse para volver a aparecer ante el público ya como es ella en la vida cotidiana. En su lugar aparecerá una pantalla donde se pasarán imágenes sacadas de archivos o del youtube tanto de los niños en el gueto de Varsovia como de Irena en distintas etapas de su vida. Al final de este*

*video que debe durar unos cinco minutos se congela la foto de Irena que seguirá el resto del tiempo en la pantalla. Aparece la actriz con un ramo de flores o una maceta con flores. Los coloca bajo el retrato.*

ACTRIZ.- Lo que acaban ustedes de presenciar en un homenaje a Irena Sendler y con ella a todas las personas del mundo, los justos, que ayudaron a salvar la vida de miles de judíos, que de no ser por ellos hubieran muerto bajo el régimen nazi. Irena falleció en Mayo del 2008 a los noventa y ocho años de vida. Ella es un ejemplo para que cada uno de nosotros aprendamos a valorar la vida y ayudemos a quien nos necesite. Ella dijo: “ No se plantan semillas de comida, se plantan semillas de bondades. Traten de hacer un círculo de bondades, éstas los rodearán y las harán crecer más y más”. Muchas gracias Irena.

*Se cierra el telón.*

RESUMEN: Monólogo donde una mujer, Irena Sendler, platica su vida, en especial los tiempos de la segunda guerra mundial que vivió y el modo en que consiguió salvar de la muerte a 2500 niños del gueto de Varsovia. Fue nominada para el premio nóbel. Muere en mayo de 2008 a los 98 años de edad.